



EL BANQUERO DESDICHADO

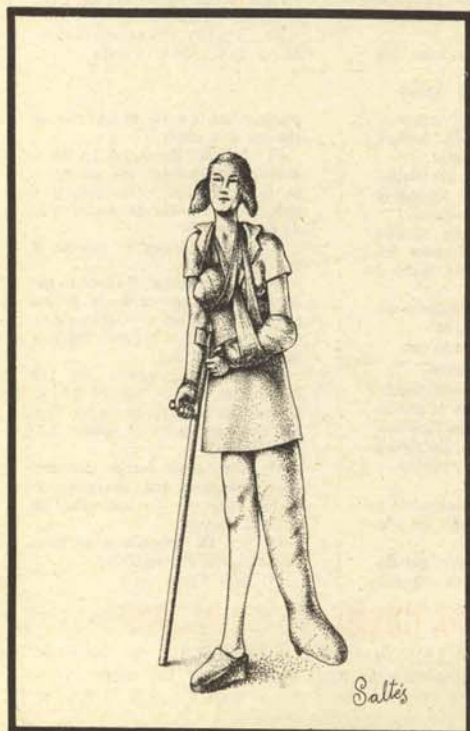


Se le mirase por donde se le mirase, don Servando era millonario. Era, efectivamente, uno de los seres más ricos de España; por tanto, de este mundo, incluido Portugal, que no existe: es una broma de los cartógrafos. Y digo esto, que parece no venir a cuento, porque la abuela materna de don Servando, muerta de parto en el 32, tendrá un papel muy destacado en este relato, por ser portuguesa precisamente, como veremos en seguida.

Don Servando, decíamos, gozaba de una posición económica privilegiada y garantizada por la Constitución y por el amor que le profesaban sus subsecretarios, sus subalternos, sus subdirectores y sus subordinados. Y, además, en lo que respecta a lo físico, era un inofensivo calco del concepto de mediocridad. Calvo, como una uña, pero sin complejo. Ojos con un color entre morcilla y ala de cuervo, inquietos y semiardillescos como las ladillas silvestres. Manos pequeñas. Una pierna más gastada que otra. Forínulo a la altura de la solapa, gengivitis, hongos, un poco de cascara en los sobacos y morros progresistas, con tendencia de sorbetón a la derecha. Gafas, liguero, blasfemias (dos, pero seguidas y confesadas oportunamente), rencor moderado, venenoso en los «cocktails» y en la cama, ridículo, muy seguro de su dinero, iconoclasta, robaperras, algo macarra (sobre todo los fines de semana, cuando se vestía de «sport») y mangarrán. Masón, del Atlético de Madrid y amigo personal de la filosofía existencial, la cual desconocía por completo. De profunda entereza moral. Tanto, que incluso en sus equivocaciones y arbitrariedades mostraba una sólida raíz cristiana. Pues bien, todo esto, metido en alpaca inglesa y en un corazón de tigre mitrado era don Servando. Todo esto y mucho más. Pero a medida que el tiempo pasaba y que don Servando tenía más y más sucursales bancarias, era más y más desgraciado. El hecho de que

su abuela portuguesa fuera la pionera en el país vecino de la cartomanía y otras supersticiones en general, había producido unos extraños efectos de gafe en el nieto. Y poco a poco los seres más queridos para él fueron desapareciendo. Unos por muerte y otros por si acaso, pues cosa que tocaba don Servando, cosa sobre la que ponía los ojos, cosa sobre la que pensaba tan siquiera, cosa que se venía abajo, se moría, se pudría... Primero murió su madre de cáncer de madre. No en vano era la madre de don Servando. Su mujer también murió en circunstancias poco frecuentes: se la revolvió un pecho y se la incrustó en un pulmón, provocándole la muerte por asfixia. Murió la pobre sin recibir los santos auxilios, que tanto redimen. Murió como los desaparecidos en el Amazonas o como los comunistas. Mal. Y a estos fallecimientos siguieron los de sus hermanos (los siete murieron justo después de hablar por teléfono con el hermano gafe), el de la asistenta, el portero, los botones del Banco, e incluso trescientos veinticinco cuentacorrentistas. Y del personal administrativo a sus órdenes, mejor no hablar. Hubo bajas a tras otra. Y don Servando, poco a poco, se fue quedando solo, pero, eso sí, con todo su dinero; aunque el dinero de poco le valía, pues nadie se atrevía a venderle nada a don Servando por eso del gafe. Nada en absoluto. Ni corbatas ni calcetines. Ni entradas para los toros ni mantecilla de Soria. Ni helados de frambuesa ni preservativos. Ni chicha ni limoná. Nada. Y don Servando —banquero, pero pobre, pues su dinero no podía comprar nada—, gafe garrafal, murió solo, sin testigos, en su sillón de cuero, abandonado de la felicidad como el soldado desconocido. Y sin ser condecorado, porque ningún ministro se atrevía a tocarle. Era preferible esperar a la próxima crisis.

EL TAMPAS



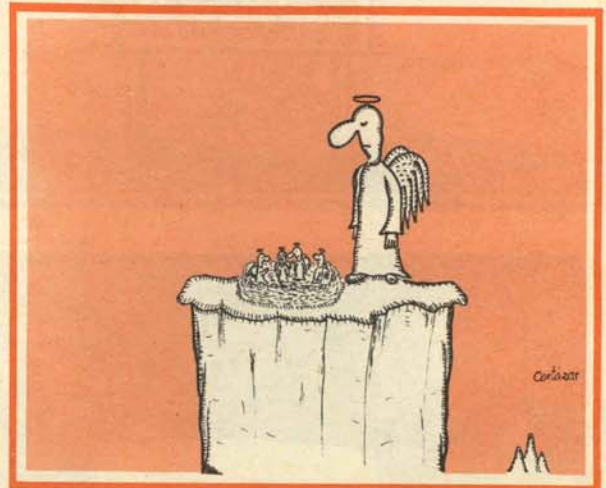
Mis enemigos muertos:



DOÑA LEONCIA

Por fin ha cascado doña Leoncia; hasta el gorro estaba ya de encontrármela en la escalera con la bata de imitación japonesa, la jeta de fiscal ulceroso y los bigotes. Porque doña Leoncia tenía bigotes; la tía borrica decía que aquellos pelajos se los había proporcionado Dios y no tenía por qué afeitárselos. De manera que hasta se ponía bigudies dos veces por semana.

Doña Leoncia era campeona del mundo de beatería. Un ejemplo: todas las Semanas Santas desempolvaba el capirote y se largaba disfrazada de nazareno, por las procesiones de toda la Península. El pastel se descubría siempre en la misma esquina de una calle de Sevilla cuando el mismo golpe de aire la ceñía sayas y mandiles sobre las tremendas lecherías. Y cada año mejoraba su record de velocidad para librarse de la santa ira de cofrades y penitentes.



Pero lo de menos era la bata japonesa, los rulos en el bigote o sus increíbles devociones. Inés, su monumental criada, era lo que me traía por la calle de la amargura. ¡Señor, qué criatura! Nunca comprendí cómo siendo doña Leoncia tan religiosísima podía tener en casa un bombón que estaba de pecado mortal y excomunión mayor. Cada vez que me cruzaba con ella en el portal me chorreaban las hormonas por los oídos. Pero doña Leoncia tenía a Inés «como si fuera una hija» y defendía su virtud con una severidad implacable. Allí no había guapo que metiese el diente; a pesar de todo, me juego el gaznate a que la chacha tiene más kilómetros que la Renfe.

Pero, a lo que iba: hace dos días, el niño del entresuelo ha eliminado el único obstáculo que se alzaba entre Inés y un servidor. Ricardín (ocho angelicales añitos) llevaba una temporada

trajinando con tripas de una radio vieja, pilas, cables y otras guarrerías eléctricas. «Juegos infantiles», decían algunos vecinos. ¡Sí, sí!... Resulta que aquella criaturita del Señor había inventado la silla eléctrica. Así como suena. Casera y en plan chapucero, pero con más voltios que Iberduero.

El miércoles, Ricardín pidió a doña Leoncia que jugara un ratito con él; así que la sentó en aquel artefacto, colocó catorce electrodos entre sus mantecas y, sin más, enchufó el negocio. Doña Leoncia no llegó a gritar, se limitó a ponerse verde primero y como la pez después, para terminar soltando un cuesco muy tremendo y muy digno de tenerse en consideración. Así se fue al otro barrio.

Dentro de un rato tengo una cita con Inés en la cafetería de enfrente. Vamos a ver si soy capaz de consolarla.

EL JEFE DE LA BANDA